

Mauro Matthei, O.S.B.

Aproximaciones a la celebración del Quinto Centenario de la Evangelización de América

(Continuación)

2. GRATITUD POR EL DON RECIBIDO E IDENTIDAD

2.1. *Hacia una teología de la historia americana*

En un estudio anterior publicado en esta misma revista (Cf. "Teología y Vida" 30 (1989), 311-315) proponíamos que los programas concebidos en torno a la "Nueva evangelización" contribuyeran a que después del bautismo de América y de las Filipinas se pudieran celebrar los 500 años de la evangelización como una "confirmación" de estos pueblos en la fe.

Ciertamente no se nos escapa que los sacramentos en el sentido propio se administran a personas y no a entes colectivos, porque en cada sacramento está en juego la respuesta de un alma a su Creador y Redentor. Desde "Evangelii Nuntiandi" se ha usado el término de "evangelización de la cultura", que, naturalmente, parte de la conversión de las personas, para impregnar gradualmente toda la vida social.

La Sagrada Escritura ilustra el hecho de que también las "naciones" entran de modo real en la economía de la salvación. Israel, Egipto, Babilonia, pero también Moab e Idumea, encarnan distintas respuestas humanas frente al "lógos" divino. Así también en el ámbito de la Historia de la Iglesia se habla, por ejemplo, de la "conversión" de Inglaterra, del milenio de Rusia, de la "apostasía" de naciones modernas. Hay pueblos que reciben con facilidad la fe cristiana, como por ejemplo España e Irlanda; otros son sumamente reacios y fríos, como los escandinavos y los japoneses; otros se han renovado después de períodos de gran tibieza, como Polonia, quienes han sido fieles, como las Filipinas y el Vietnam; quienes han pasado con facilidad a la herejía o a la indiferencia. Hay historias de la fe de las naciones tan variadas como la historia de las personas.

Pasando ahora al Nuevo Mundo tampoco encontramos una historia uniforme de la proclamación y recepción del evangelio: se puede constatar un fracaso total de la misión del Caribe, mientras que todos los cronistas celebran la naturalidad y presteza con que los mexicanos aceptaron el evangelio. En América del Sur los indígenas araucanos se mantuvieron ferozmente hostiles a la predicación cristiana, mientras que los misioneros jesuitas lo-

graron maravillas con los indios guaraníes en el Paraguay, con las tribus de las zonas bajas de Bolivia y con los tarahumaras del norte de México. Tanto en América como en el resto del mundo la semilla del evangelio cayó sobre tierras muy diferentes y produjo también cosechas más o menos abundantes de cultura cristiana. La presentación de una evangelización patéticamente uniforme, basada unilateralmente en los datos proporcionados por Bartolomé de las Casas, adolece de un grave error metodológico. De hecho, prevaleció una amplia variedad, que no puede explicarse por los simples datos sociológicos, sino que responde al misterio de la gracia y del libre albedrío.

Por eso, para los que comprenden el valor incalculable del don de la fe, hay motivos más que suficientes para agradecer a Dios el hecho de que hace medio milenio el Nuevo Mundo recibiera el evangelio y lo hiciera fructificar. El tema de la acción de gracias en relación con los 500 años de la evangelización ocupa un lugar constante en las alocuciones del Papa y en las cartas pastorales de los distintos episcopados latinoamericanos. Ya en su homilía de Haití, del 9 de marzo de 1983, Juan Pablo II decía que este quinto centenario debía celebrarse “con una mirada de gratitud a Dios, por la vocación cristiana y católica de América Latina y a cuantos fueron instrumentos vivos y activos de la evangelización”. Asimismo, cita el mensaje del CELAM ante los 500 años del descubrimiento y de la evangelización, el cual proclama “el reconocimiento agradecido a quienes implantaron y transmitieron la fe en este continente”. Al pasar por Zaragoza, en su viaje a Santo Domingo, el 10 de octubre de 1984, dijo: “He venido a esta ciudad a postrarme ante la Virgen del Pilar, Patrona de la Hispanidad, para dar gracias a Dios por esta gesta y por la contribución esencial de los hombres y mujeres de España en una sin par obra de evangelización”.

La misma tónica de acción de gracias prevalece en la carta pastoral de los obispos de México, del 12 de diciembre de 1988, arriba citada, y en el documento de la Conferencia Episcopal Argentina (*Osservatore Romano*, 18 de febrero de 1990). La carta pastoral del presidente de la Conferencia Episcopal de Chile, Monseñor Carlos González Cruchaga, precisa cuatro motivos de la misma gratitud por el don recibido: 1. el hecho de que “nuestros pueblos supieron reconocer el tesoro escondido y la perla preciosa del reino y valorar el testimonio de los evangelizadores”; 2. la abundancia de “santos y testigos” que dieron lo mejor de su vida para anunciar el evangelio del Señor; 3. la continua presencia de la denuncia profética de la Iglesia en favor de los indios; 4. las experiencias novedosas de organización misionera (Cf. “Los 500 años de la evangelización”, Carta Pastoral a los Católicos de Chile, 3.1.).

Ya el documento de Puebla había sostenido este punto de vista positivo y agradecido cuando en su número 6 afirmaba: “La evangelización constituyente de América Latina es uno de los capítulos relevantes de la historia de la Iglesia. Frente a dificultades tan enormes como inéditas, la Iglesia respondió con una capacidad creadora cuyo aliento sostiene viva la religiosidad popular de la mayoría del pueblo”.

Junto con Puebla se pueden considerar como principales signos y frutos de la evangelización de América:

1. El fervor misionero; podríamos decir, “de rey a paje”. Al final del siglo XVI ya se habían erigido en Iberoamérica 30 diócesis; en los albores de la Independencia eran 38.

2. La gran inventiva en la pedagogía de la fe y la creatividad de los métodos, la abundancia del apostolado laico.

3. La unión entre la evangelización y la promoción del indígena.

4. El logro de grandes experiencias colectivas de crecimiento en humanidad, válidas para el mundo entero: los pueblos-hospitales de Vasco de Quiroga, las reducciones jesuíticas, los pueblos de indios de los capuchinos en Venezuela, de los franciscanos en California, las misiones circulantes de Chiloé, etc.

2.2 *Reconocimiento de la propia identidad*

Después de la gratitud por el don recibido, la Carta Pastoral del presidente de la Conferencia Episcopal de Chile, Monseñor Carlos González, propone, como segunda orientación para la celebración del Quinto Centenario, “el reconocimiento de la identidad cristiana” de Chile y de América Latina. La tercera sería una “búsqueda de renovada fidelidad al don de Dios” (Carta Pastoral 3.1., 3.2. y 3.3.).

El tema de la identidad es uno de los centrales en el pensamiento de Juan Pablo II. La exhortación que él dirigiera a los españoles desde Santiago de Compostela, el 9 de noviembre de 1982, podría aplicarse analógicamente a toda Iberoamérica: “España, sé tú misma. Descubre tus orígenes. Aviva tus raíces. Revive aquellos valores auténticos que hicieron gloriosa tu historia y benéfica tu presencia en los demás continentes”.

Este leitmotiv reaparece vigorosamente en la homilía papal de Santo Domingo, cuando afirma que la Iglesia del Nuevo Mundo “necesita una lúcida visión de sus orígenes y actuación”, y eso “no por mero interés académico o por nostalgia del pasado, sino para lograr una firme identidad propia, para alimentarse en la corriente viva de misión y santidad que impulsó su camino” (II,1).

El ya mencionado documento de la Conferencia Episcopal Argentina sobre el Quinto Centenario constata que “es ésta una de las orientaciones más importantes y esclarecedoras del Pontífice” y continúa: “Hemos de recoger y mantener del pasado aquellos rasgos definitorios que han dado a la Iglesia en Latinoamérica una identidad histórica” (Nº 28).

Con todo, tampoco eso tiene una finalidad en sí misma, sino que, según el principio “agere sequitur esse”, sirve “para derivar las líneas que tracen el proyecto de una nueva evangelización” (Nº 29 del mismo documento). El Papa lo había formulado con otras palabras: “para comprender mejor los problemas del presente y proyectarse más realísticamente hacia el futuro” (Santo Domingo II,1).

El documento chileno, por su parte, proporciona un fundamento aún más firme a esta búsqueda de la propia identidad por medio de la asunción del pasado, al recurrir al modelo bíblico: “El pasado sigue siendo decisivo. Esto lo ha sabido siempre la Sagrada Escritura: la vida del pueblo de Israel está esencialmente ligada al acontecimiento del Exodo; y la Iglesia depende radicalmente de la Pascua del Señor, de la cual hacemos memoria en cada sacramento de la fe” (Carta Pastoral 3.2.).

La importancia de la identidad o autoconciencia, como también la llama el Papa, en orden a la eficacia pastoral, se revela en forma ejemplar en las mismas órdenes religiosas que protagonizaron la evangelización de América:

Si los franciscanos, los dominicos, los mercedarios y los agustinos fueron tan idóneos para su tarea evangelizadora en América, fue sin duda porque la reforma de toda la Iglesia de España en los siglos XV y XVI había permitido a las órdenes religiosas, tanto monásticas como conventuales, a renovar su carisma fundacional. En cuanto a la Compañía de Jesús, recién salida de las manos de su fundador, no requería aún tal puesta al día. Los franciscanos en la América del siglo XVI fueron muy fieles a su ideal de pobreza y de identificación con los pobres, en este caso con los indios, como verdaderos “hermanos menores”. Los indios, al observar a los primeros franciscanos y en particular a Fray Toribio de Benavente, lo llamaron “Motolinia”, que en lengua nahuatl significa “pobre, andrajoso”. El lo asumió conscientemente como su apellido de honor y con él pasó a la historia. Los dominicos, a su vez, fueron tan vigorosos en su lucha por la justicia gracias a su formación tomista, que campeó también en su más ilustre representante, Fray Francisco de Vitoria; esta misma sólida y tradicional formación los capacitó también para formar las primeras universidades del Nuevo Mundo. Los agustinos, arraigados en su tradición de oración y estudio, fueron excelentes formadores de las comunidades indígenas cristianas. En sus territorios el catecumenado fue el más organizado y profundo. La Compañía de Jesús, casi no hay para qué decirlo, fue efficacísima en su apostolado, gracias a una idiosincrasia religiosa que en ese momento era la más abierta y moderna. Con Fray Junípero Serra no sólo se logró la colonización y cristianización de la California en el siglo XVIII, sino que, al mismo tiempo, refloró el ideal franciscano.

En los siglos XVII y XVIII, en general, se debilitó el celo misionero de las órdenes conventuales, en parte por el relajamiento que produjo la excesiva dispersión por los inmensos espacios del Nuevo Mundo y la consiguiente necesidad de aceptar rápidamente vocaciones para atender tan grandes demandas, en parte por un desplazamiento en la jerarquía de sus valores religiosos tradicionales.

La Independencia, que suele ser considerada como una sana y vigorosa autoafirmación de los pueblos americanos, representó el golpe más desquiciador contra la propia identidad. No solamente se desbarató la ahora llorada y ansiada “Patria grande”, sino que, bajo el influjo de las ideas de la Ilustración y de la Revolución francesa, las nuevas naciones, con pocas excepciones, renegaron de su pasado ibero-católico, rotulado de “colonial”, relegándolo al

desván de las cosas “superadas”. La escasa perspicacia política de Fernando VII, por su parte, contribuyó a que también España dejara de lado a las nuevas naciones de sus antiguas Indias. No en todas partes la rabia contra la propia identidad cristiana llegó tan lejos como en México, Guatemala o en el Uruguay —en Chile, incluso, se dio el caso (bajo el gobierno de Prieto) de que el Estado siguiera patrocinando las misiones—, pero en general en todo el siglo XIX se da un alejamiento de la propia identidad cultural y religiosa. Incluso la Iglesia reemplazó su original y valiosísima imaginería religiosa, producida en sus propios talleres artesanales, por las estatuas de yeso al gusto italiano y francés y las iglesias neogóticas (por ejemplo, el santuario de Luján) prevalecieron sobre los estilos arquitectónicos propios y tradicionales. Hubo largas épocas en que se miró con desdén la religiosidad popular, considerada primero como un residuo del paganismo y más tarde, en la estela del ideario marxista, como fenómeno típicamente “alienante” e ilustración fehaciente de la teoría leninista de la religión “opio del pueblo”.

En general, fueron los hombres y mujeres de letras que en toda Iberoamérica devolvieron a las elites el gusto por lo propio. José de Vasconcelos, José Enrique Rodó, Gabriela Mistral, Violeta Parra, para espigar nombres al azar, señalan, con muchos otros, este amor por la identidad latinoamericana. Finalmente, también la Iglesia descubrió la necesidad de una lúcida y fecunda asunción del pasado histórico para poder encarar los desafíos del futuro.

Todavía queda mucho camino por delante. Providencialmente el Papa ha sido la causa dinamizante del reconocimiento y de la revaloración de la identidad católica de los pueblos del Nuevo Mundo y eso no solamente por sus viajes y visitas a este continente; por sus discursos, entre los cuales algunos, como el de Santo Domingo, se han constituido en puntos de referencia obligados de todas las reflexiones sobre el tema del Quinto Centenario, sino ante todo por las beatificaciones de hombres y mujeres descolantes en santidad en el seno de las diversas Iglesias. ¿Acaso Teresa de Los Andes y Laura Vicuña no son, en este momento, mucho más poderosas para la recuperación de la identidad católica de nuestro pueblo que todos nuestros discursos históricos? El Papa, en su homilía de Santo Domingo, había mencionado 28 hombres y 2 mujeres como particularmente ejemplares para la cristiandad americana. El Documento de preparación a la IV Asamblea General de nuestros obispos, fijada para el año 1992 en Santo Domingo, alarga considerablemente esta lista y así lo hacen cada vez más las Cartas colectivas de las diferentes conferencias episcopales.

(Continuará)